



y los marineros saltaron en seguida en la lancha; pero en lugar de ejecutar la maniobra, se alejaron con presteza para ponerse al abrigo de la *Niña*, que se mantenía anclada á media legua al viento. No quiso recibir su capitán á los cobardes desertores, que se vieron en la necesidad de tornar á la carabela, no sin que ántes le tomara la delantera la chalupa de la *Niña*. El almirante, apercibiéndose de la traición de sus marineros, y viendo que la marea bajaba y que ya la *Santa María* se iba á la banda, quiso cortar el palo mayor para aligerar la nave y procurar ponerla á flote; pero como no le quedaran bastantes brazos para esta operación, tuvo que desistir de ella. Por otra parte, la *Santa María* tenía muy enterrada la quilla para poder enmendarla. Confío, pues, á la Providencia el casco del buque y pasó á la *Niña* para trasbordar su tripulación. La mar rompió al fin sobre la carabela, más sin desbaratarla, pues solamente se abrieron sus costuras, permaneciendo entero lo demás. Colon se preparó activamente al salvamento y al despuntar el día envió á Diego de Arana y Pedro Gutierrez con encargo de informar del siniestro al cacique Guacanagari.

Conmovió al rey esta nueva, hasta el punto de romper en lágrimas, y envió inmediatamente multitud de gentes con canoas para ayudar á la descarga de la *Santa María*, tomando las disposiciones oportunas para la conservación de los objetos que sacáran de á bordo. Mandaba frecuentemente á decir al almirante que no se entristeciera, que él le daría todo lo que poseía. Gracias al socorro de brazos bien dirigidos, la operación se verificó en pocas horas. Guacanagari dió á sus huéspedes tres grandes cabañas para que depositáran en ellas cuanto les pertenecía; puso una guardia para vigilar la propiedad de los extranjeros, y vino él mismo á presidir sus disposiciones, siendo tal su cuidado y tanta la honra y de sus vasallos, que en el transporte del cargamento, municiones y aparejos del buque, no se perdió el objeto más insignificante. Las simpatías de los naturales y la acogida dispensada por su rey endulzaron la amargura que experimentó Colon por este accidente. En ningún país de Eu-

ropa hubieran encontrado una hospitalidad más cariñosa y más cordial.

Siempre sumiso á la voluntad de Dios, sabiendo que hace redundar en nuestro bien lo que nos parece un descalabro, Colon, al recordar las diversas circunstancias del accidente sobrevenido sin culpa suya, á pesar de la falta de viento y de brumas y de la calma y el ruido de las rompientes, á despecho de los esfuerzos intentados para enderezar el navío, y por la misma traición del contramaestre de la carabela, que era su compatriota; considerando que la capitana permanecía intacta, como el día de su partida, que lo que llevaba en su bodega estaba en salvo, que ni una tabla, ni un clavo, ni una barrica de harina se había perdido, pensó que nuestro Señor lo hizo encallar, á fin de que se estableciera allí (1). En efecto, podía dejar en los estados de un soberano hospitalario una parte de su tripulación, que aprendería la lengua de los naturales, les enseñarían la religión cristiana, y recogerían oro, mientras él fuera á España. Muchos de su gente pedían quedarse en la isla, y Guacanagari estaba en extremo complacido de ver establecerse á su lado á los seres maravillosos, tanto más, cuanto que como á veces desembarcaban los antropófagos por aquellas costas, y arrebatában á sus súbditos para comerlos, esperaba que los poderosos extranjeros lo libertáran de ellos. Colon, para confirmar su confianza, le mostró el efecto de los talabartes y los arcos moriscos, y los estragos que podía producir la artillería, queriendo, al mismo tiempo que probar cuán temible sería para los caribes, inspirarle el respeto que sabe imponer la fuerza para que en caso de necesidad supliese á la benevolencia. Resolvióse la construcción de un fortín, y su establecimiento casual y casi forzado vino á ser al menos una prueba de posesión previa, para evitar hasta la menor dificultad en lo sucesivo con los demás europeos: así sacó provecho el almirante de una catástrofe.

Cada día eran más estrechas las relaciones

(1) «Que yo conosco que milagrosamente mandó quedar allí aquella nao Nuestro Señor.» Domingo 6 de Enero.



entre Colon y el cacique: Guacanagari experimentaba por el almirante admiración, respeto y confianza, y su inteligencia, sobreexcitada por una viva curiosidad, se esforzaba en elevarse hasta sus misteriosos huéspedes, en comprender su naturaleza y adoptar sus costumbres: su noble y afable aspecto respiraba distinción y majestad, y sus maneras y sus gustos tenían algo más de aristocráticos que los del resto de su pueblo; pues mientras á este embelesaba el ruido de los cascabeles, (chuq, chuq), y le deslumbraban las bujerías, por las que daba oro y algodón, él llevaba camisa, prefería los guantes á las anteriores bagatelas, y á trueque de máscaras, espejos y coronas de oro, pedía una palangana para lavarse las manos después de comer, en lugar de frotárselas con hierbas odoríferas, como hacía anteriormente. Poseía el instinto de la jerarquía de la dignidad y el mando, y la generosidad parecía natural en él, porque jamás vió al almirante sin presentarle un obsequio; daba como rey, por el placer de dar y la etiqueta de su corte agreste ofrecía el germen de una civilización, que no carecía de gusto y elegancia en medio de su sencillez.

No obstante; el afecto que manifestaba Guacanagari á los europeos no se debe confundir con un sentimiento de admiración por la superioridad de los hombres divinos, que lo que le atraía era la persona del almirante. Los salvajes, como los niños, juzgan por instinto de las cosas que no pueden explicar, y no se equivocan acerca de los que aman. Así se sentía atraído por la grandeza de Colon el inocente rey de aquellas selvas, y así lo unía al hombre divino un instintivo cariño. Por él fué por quien lloró cuando supo el naufragio de la *Santa María*, y por él fué cada una de sus concesiones en favor de los suyos.

Uno de los rasgos característicos del ingenio del almirante y de su destino providencial, era sin contradicción una repentina aptitud para las ciencias, y cuanto hubiera de más extraño; don asombroso con que pudo dar cima fácilmente á todo. El naufragio de su buque lo trasformó en ingeniero, y en seguida trazó el plano de un fuerte cuadrado con bastiones en

sus ángulos (1), y dirigió en persona las obras.

La actividad de los españoles, secundada por los vasallos de Guacanagari, hizo prodigios. Diez días después de haber varado la carabela, se levantaba en la playa un formidable castillo, construido con tierra, y sostenido por grandes maderos del esqueleto del buque. Bajo él una espaciosa bodega debía servir para encerrar las municiones de boca y guerra, como asimismo las mercaderías destinadas á los cambios, que eran muy considerables.

Para la guarnición del fuerte, sobre cuyas almenas flotaba la bandera de Castilla, escogió el virey entre los tripulantes de la capitana los que parecían más robustos y mejor intencionados. Agrególes el bachiller Bernardino de Tapia; el señor Juan; el fundidor de metales y joyero de Sevilla, Castillo; el primer maestro de armero, que también era mecánico; un constructor de buques, un calafate, un tonelero y un sastre, poniéndoles bajo las órdenes de Diego de Arana, en quien delegó sus poderes, y al que dió por teniente á Pedro Gutierrez, oficial de la casa real, y á falta de éste á Rodrigo de Escobedo, sobrino de un sacerdote muy bien quisto en España, llamado Rodrigo Perez. Componíase la naciente colonia de cuarenta y dos hombres en junto.

Una vez establecida de este modo la autoridad, proveyó Colon la vanguardia del antiguo mundo con lo que formaba el cargo de la *Santa María*, instrumentos, utensilios, galleta para un año, semillas, armas, la chalupa y las bujerías con que habían de procurarse oro; recomendando particularmente á los buenos oficios del cacique los tres jefes superiores.

Dejaba, pues, el almirante á los españoles bajo las mejores condiciones que pudieran apetecerse: aprestados con abundancia de todo lo necesario para la vida, su conservación y defensa en el seno de un pueblo amigo, y protegidos por un monarca generoso y bueno.

Antes de separarse de ellos les dijo Colon el discurso más tierno que jamás haya dirigido un padre á sus hijos. Les dió consejos admira-

(1) Oviedo y Valdes, *Historia natural y general de las Indias*, lib. II, cap. VI.





bles, llenos de saber y de prevision, les hizo presente el glorioso fin del descubrimiento: la propagacion de la fe; les pidió que estudiáran el idioma de los naturales y procurasen atraerlos al cristianismo con sus ejemplos y enseñanza; les mandó en nombre de los reyes prestarán obediencia á los oficiales que habia investido con sus propios poderes; les recomendó guardasen las mayores consideraciones al soberano de la nacion, que evitarán las disidencias con su pueblo, que se respetáran á las mujeres, que nunca se separasen, ni fuesen solos, que durmieran siempre en el fortin, y sobre todo que no extralimitaran las hospitalarias fronteras del rey que los acogia.

Al recoger los ecos de la elocuente exhortacion rebosando la solemnidad y grandeza casi bíblica que nos han transmitido los historiografos Herrera y Muñoz, no podemos menos de experimentar una emocion profunda; pero al recordar los sucesos que poco despues sobrevinieron, quedamos admirados de la prevision de Cristóbal, y descubrimos en ella una superioridad de alcances, que excede con mucho á lo permitido al hombre.

El 2 de Enero se despidió Colon del cacique, dándole al marchar otra camisa y unos borceguies rojos, poniéndole al cuello un collar de piedras africanas, sobre las espaldas un manto escarlata, y en el dedo un anillo de plata, metal que él preferia al oro. Lo abrazó con cariño fraternal, y Guacanagari, que lo amaba cual un tierno infante al autor de su vida, no pudiendo dominar su dolor, prorumpió en sollozos y copiosas lágrimas.

El viérnes 4 de Enero, al salir el sol, la *Niña*, remolcada por su lancha, salió con rumbo al E. en demanda de una elevada montaña, á la cual puso el almirante el nombre de Monte-Cristo. Observóla Colon como hidrógrafo, como naturalista y como poeta, y dejó consignado en su *Diario* su perenne é inagotable entusiasmo por aquella naturaleza tan armoniosa. Dos dias más tarde aparejó, continuando el costeo en toda su extension hácia el E.; pero manteniéndose á distancia bastante, en razon á los arrecifes, cuando á las doce de la mañana, el marinero que estaba de guardia en la cofa, señaló una vela

por la proa. Era la *Pinta*, á la que un brisote devolvía al almirante.

En vano esperaba el Sr. Martin Alonso que la inmensidad ocultaria su desercion, porque la divina Providencia lo arrastraba á través de los espacios ante los ojos de su jefe, embarcado en la *Niña*; punto imperceptible en la inconmensurable llanura. Forzado por el viento á unirse á Colon, lo siguió al puerto de Monte-Cristo y pasó á su bordo, buscando para disculparse razones todas falsas y contradictorias muchas. Sin embargo, el almirante fingió admitirlas, por temor de agravar la situacion, pues ambos buques los mandaban Pinzones, y la mayor parte de sus tripulantes eran ó parientes, ó amigos, ó paisanos suyos: en todo tiempo, más principalmente despues de la descubierta, le habia hecho sentir el mayor de los tres hermanos el peso de su aislamiento y su calidad de extranjero, y sabiendo de qué excesos era capaz su brutal orgullo, excitado por la envidia, se contuvo por no dar lugar, como dice Las Casas, á las malas obras de Satanás (1), que buscaba el modo de impedir aquel viaje, como hasta entónces habia hecho. Se resignó y sacrificó su amor propio, sus instintos justicieros y su dignidad personal en aras de un deber más grande aún que su derecho.

Martin Alonso Pinzon, asociando á su crimen sus marineros, pasó diez y seis dias á la boca del rio de Gracia, traficando en oro, contra lo dispuesto por el almirante; y en los momentos de su partida, uniendo la violencia á la rapacidad, arrebató como esclavos á cuatro hombres y dos muchachas. Pero Colon le hizo soltar su inicua presa, tranquilizó á los indios, los colmó de presentes para neutralizar tamaña injuria, y los puso en tierra para que tornasen á sus hogares. Avaramente ocupado en apilar oro, Martin Alonso, olvidando los cuidados que todo capitán debe á su buque, ni aun reparó en que, favorecidos por la inmovilidad durante su estada en el rio de Gracia, las bromas se habian multiplicado á su placer por los costados y la carena de la *Pinta*, agujereándose los cual un panal de cera. Tampoco pensó siquiera en pro-

(1) Las Casas, *Diario de Colon*, 6 de Enero de 1493.



verse de un trinquete para reemplazar el suyo, que no estaba en disposicion de mantenerse firme, y por lo cual no daba toda su vela al viento.

A pesar de su deseo de costear la Española, la conducta de los Pinzones demostraba bastante claro al almirante la necesidad de ganar lo más en breve posible un puerto de Castilla, exigiéndolo tambien el mal estado de las carabelas, pues el 7 de Enero fué menester tapar una vía de agua en la bodega de la *Niña*.

Al siguiente dia, cerca del rio de Oro, así llamado por traer en su seno arenas de este metal, divisó á cierta distancia á tres *manatis* que se presentaron sobre la superficie, recordándolos los que habia visto otras veces en la costa de

Guinea, y que á lo léjos tienen una semejanza con el hombre. Eran las sirenas de los antiguos, y así las llamó él, añadiendo que no eran hermosas como se las representa.

El 9, el almirante navegó al ENE. y reconoció el cabo Rojo. La costa tenía una vista seductora. Enormes tortugas venian á desovar á la orilla. Pero no podia entregarse á su deseo de observarla, pues ya se le hacia tarde la vuelta para no tener más relaciones con Martin Alonso, y dar á la reina la nueva de su descubrimiento; que una vez cumplida su mision, estaba resuelto, decia, «á no sufrir los tuertos de hombres sin delicadeza ni virtud, y que pretendian aisladamente hacer predominar su voluntad contra quien *tanto los honró.*»